

Matalotes fueron crueles
Y ministros del infierno,
Abreviadores de vidas
Y datarios de tormentos;
Que Neron tuvo buen gusto,
Don Pedro fue justiciero,
Si cohechados y ladrones
No pusieran lengua en ellos.
Si inventaran estos dos
Esperar y tener celos,
Las mujeres de por vida,
La gota, hacerse viejos;
Cantar mal y porfiar
Y templar los instrumentos;
El pedir de las busconas,
Las visitas de los necios:
Justicia fuera llamarlos
Crueles la fama en extremo;
Pero si no lo soñaron
Es contra todo derecho.
Tuvo Neron lindo humor
Y exquisito entendimiento;
Amigo de novedades,
De fiestas y pasatiempos.
Dicen que forzó doncellas;
Mas de ningun modo creo
Qu'él encontró con alguna
Ni qu'ellas se resistieron.
Quisole Suetonio mal,
Pues le llamó deshonesto
Porque adoraba á su madre,
Siendo obligacion hacerlo;
Notóle de que comia
Sin cesar un dia entero,
Y es pecado que á la sarna
Pudiera imputar lo mismo.
Mató Neron muchos hombres?
Mas son los qu'el sol ha muerto,
Y llámanle hermoso á él,
Y á estoto le llaman fiero!
Gustó de quemar en Roma
Tanto edificio soberbio,
Dejando así castigada
La soberbia, para ejemplo.
Quemó la débil grandeza
Que atesoraban los tiempos,
Y á la vanidad del mundo
Quiso mostrar su desprecio.
Si á Séneca dió la muerte
Siendo su docto maestro,
Hizo lo que una terciaria
Sin culpa pudo haber hecho.
No es mucho que se enfadase
De tantos advertimientos;
Que no hay señor que no quiera
Ser en su casa el discreto.
Quitó á Lucano la vida;
Mas no le agravió por eso,
Cuando inmortal le acredita
Con la fama de sus versos.
Pues Don Pedro el de Castilla,
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y qué dió sino escarmientos?
Quieta y próspera Sevilla,
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Qu'están en el candilejo.
El clérigo desdichado⁴
Y el dichoso zapatero
Dicen de su tribunal
Las providencias y aciertos.
Si Doña Blanca no supo⁵
Prendarle y entretererlo,
¿Qué mucho que la trocase,
Siendo moneda en su reino?
Era hermosa la Padilla:
Manos blancas y ojos negros;
Causa de muchas desdichas,

Y disculpa de mas yerros.
Si á Don Tello derribó⁶,
Fue porque se alzó Don Tello;
Y si mató á Don Fadrique⁷,
Cuenta le tuvo el hacerlo:
De su muerte y otras muchas
Sabe las causas el cielo;
Que aun fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.
Matóle un traidor frances⁸,
Alevoso caballero:
Vido Montiel la tragedia,
Y el mundo le lloró muerto.
De emperadores y reyes
No hablan mal nobles y cuerdos;
Qu'es, en público, delito,
Y no seguro, en secreto.
Esto dijo un montañés
Empuñando el hierro viejo
Con cólera y sin cogote,
En un Cid tinto un Don Bueso.

(QUEVEDO, Obras.)

⁴ Ingeniosísima y filosófica composición, donde á guisa de burlas, y afectando un estilo grave y jocoso al mismo tiempo, resume el poeta todas las tradiciones con que la voz popular justifica ó pretende atenuar los actos severos de Neron y de Don Pedro de Castilla, que los próceres, por recaer sobre ellos, llamaban crueles. Cuando estos hechos no tienen buena disculpa, Quevedo les busca una burlesca; cuando pueden justificarse, expone la tradicion, con la severidad, vigor y enerjia, que se ve cuando trata de Don Pedro, rey tan amado del pueblo como temido y odiado de los grandes revoltosos, y de sus hermanos bastardos, de los cuales uno logró asesinarle y ocupar su trono. Respétale á este usurpador, sin embargo, el poeta, si quiera porque fué rey de Castilla; pero descarga su justa indignacion sobre el frances Duguesclin, ó Beltran Caclin, que cooperó al asesinato, y á la tragedia que lloró y condenó despues el verdadero pueblo.

⁵ En efecto, Sevilla gozó de paz y vivió sin anarquía bajo el imperio de Don Pedro.

⁶ Cuenta la tradicion, que Don Pedro hizo una muerte, y que una vieja la declaró en Juicio. El Rey, no queriendo del todo eximirse del castigo, mandó poner su busto en el sitio donde cometió el delito, que se llamó despues *El Candilejo*.

⁷ Un clérigo poderoso asesinó al padre de un zapatero, y el tribunal privilegiado le condenó á no ejercer sus funciones durante un tiempo determinado. Irritado el hijo de que se impusiese tan leve pena á tan grave delito, buscó y halló la ocasion de vengar á su padre matando al clérigo. Sentenciósele á muerte; pero noticioso el Rey del caso, y enterado de las circunstancias, llamó á sí la causa, y conmutó la sentencia en que se privase al zapatero de usar su oficio durante algunos años, dándole con que vivir el tiempo que durase la pena.

⁸ Por respeto á la opinion de Doña Blanca disculpa el poeta jocosamente su muerte, ordenada por el Rey, y calla la tradicion que la acusaba de adúltera y conspiradora.

⁶ Con efecto, el bastardo Tello conspiraba contra Don Pedro, unido á los grandes turbulentos.

⁷ Las reticencias que respecto á excusar la muerte de Don Fadrique usa el poeta, tienen igual motivo que las excusas jocosas que dió á la de Doña Blanca; pero ya las deja mas claras cuando dice: *De su muerte y otras muchas*, etc. (Véase la nota de los romances números 965 y 966.)

⁸ Dícese que en la lucha fratricida entre Don Pedro y Don Enrique, este, vencido, cayó debajo, y que el general Beltran Duguesclin ayudó á aquel á ponerse encima, y á que pudiese matar á su contrario. Este cuarteto respira un justo resentimiento, una sentida acusacion contra el hombre extranjero que sacrificó la nobleza de caballero á la parcialidad de aliado.

1647.

(De Don Francisco de Quevedo.)

—Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estaba, cuando me hizo,
De gorja naturaleza.
Dos maravedis de luna
Alumbraban á la tierra;
Que por ser yo el que nació,
No quiso que un cuarto fuera.

Na el tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un mártes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debajo de Libra,
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor le fundo
En las madres vendederas.
Dióme el Leon su cuartana,
Dióme el Escorpion su lengua;
Virgo, el deseo de hallarle,
Y el Carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres;
Dios en el cielo los tenga,
Porque no en aqueste mundo
A engendrar mas hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta,
Segun ha sido de negra;
Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena,
Que aunque la piense de tajo,
De reves no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda,
Les daré el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias;
Y para que vean los ciegos,
Pónganme á mi á la vergüenza;
Y para que cieguen todos,
Llévenme en coche ó litera.
Como á imagen de milagros
Me llevan por las aldeas,
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo, porque llueva.
Cuando alguno me convida,
No es á banquetes ni fiestas,
Sino á los misacantanos,
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
A todos cuantos esperan
Para molerlos á palos;
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
Si ha de cearse, una teja;
Acíertanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí,
Me hace prestarle paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
Y la hallo en las tabernas;
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero,
Andarán todos en piernas.
Si estudiara medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curara yo,
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estoto año
Por sosegar mi conciencia,
Y dábaume en dote al diablo

Con una mujer muy fea.
Si intentara ser cornudo
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado,
Diera mi mujer en buena.
Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean,
Zapateros que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con frio,
Se abrasa en fuego la tierra,
Y en llevando guardasol,
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer
Y le digo mil ternezas,
O me pide ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mi lo picado es roto,
Ahorro, cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualesquier color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos
En mí, cualquier encomienda.
Para que no estén en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo solo basta,
Pues con esto estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algun bien
Y no vivirá hora y media;
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase
Mi humildad á tu soberbia;
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera
Como otros tu pretendiente,
Vino á ser tu pretenmuela.—
Aquesto Fabio contaba
A los balcones y rejas
De Aminta, que aun de olvidarle
Han dicho que no se acuerda.

(QUEVEDO, Obras. — It. Romances varios de diversos autores.)

1648.

(De Don Francisco de Quevedo.)

—Padre Adán, no lloreis duelos;
Dejad, buen viejo, el llorar,
Pues que fuisteis en la tierra
El mas dichoso mortal.
De la variedad del mundo
Entrastes vos á gozar
Sin sastres ni mercaderes,
Plagas que trujo otra edad.
Para daros compañía
Quiso el Señor aguardar
Hasta que llegó la hora
Que sentistes soledad.
Costóos la mujer que os dieron
Una costilla, y acá
Todos los huesos nos cuestan,
Aunque ellas nos ponen mas.
Dormistes, y una mujer
Hallastes al despertar,
Y hoy, en durmiendo un marido,
Hallá á su lado otro Adán.
Un higo solo os vedaron,
Sea manzana si gustais;
Que yo para comer una
Dios me lo habia de mandar,
Tuvistes mujer sin madre,
¡Grande suerte y de envidiar!
Gozastes mundo sin viejas

Ni suegrecita inmortal.
Si os quejais de la serpiente
Que os hizo á entrambos mascar,
¡Cuánto es mejor la culebra
Que la suegra, preguntad!
La culebra, por lo ménos,
Os da á los dos que comais;
Si suegra fuera, os comiera
A los dos, y mas y mas.
Si Eva tuviera madre,
Como tuvo á Satanás,
Comiérase el paraíso
No de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben;
Mas una suegra infernal
Más sabe que las culebras:
Ansí lo dice el refrán.
Llegáos á que aconsejara
Suegra de este temporal
Comer un bocado solo,
Aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
Que anda en ayunas lo mas;
Que las Suegras, de un almuerzo
La tierra engullen y el mar.
¡Señor Adán! ménos quejas,
Y dejad el lamentar:
Sabé estimar la culebra,
Y no la trateis tan mal;
Y si gustais de trocirla
A suegras de este lugar,
Ved lo que quereis encima;
Que mil os la tomarán.—
Esto dijo un ensuegrado
Llevándole á conjurar,
Para salir de la suegra,
Un cura y un sacristán.

(QUEVEDO, Obras, etc.)

1649.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Don Repollo y Doña Berza,
De una sangre y de una casta,
Si no caballeros pardos,
Verdes fidalgos de España,
Casáronse, y á la boda
De personas tan honradas,
Que sustentan ellos solos
A lo mejor de Vizcaya,
De los solares del campo
Vino la nobleza y gala;
Que no todos los solares
Han de ser de la montaña.
Vana y hermosa, á la fiesta
Vino Doña Calabaza;
Que su merced no pudiera
Ser hermosa sin ser vana.
La Lechuga que se viste
Sin aseo y con fanfarria,
Presumida, sin ser fea,
De frescona y de bizarra;
La Cebolla á lo viudo
Vino con sus tocas blancas
Y sus entresuelos verdes,
Que sin verduras no hay canas.
Para ser dama muy dulce
Vino la Lima gallarda,
Al principio, que no es bueno
Ningun postre de las damas.
La Naranja, á lo ministro,
Llegó muy tiesa y cerrada,
Con su apariencia muy lisa,
Y su condicion muy agra;
A lo rico y lo tramposo
En su erizo la Castaña,
Que le han de sacar la hacienda
Todos por punta de lanza.

La Granada deshonesta
A lo moza cortesana,
Desembozo en la hermosura,
Descaramiento en la gracia.
Doña Mostaza menuda,
Muy briosa y atufada;
Que toda chica persona
Es gente de gran mostaza.
A lo alindado la Guinda,
Muy agra cuando muchacha,
Pero ya entrada en edad,
Mas tratable, dulce y blanda.
La Cereza, á lo hermosura,
Recien venida, muy cara,
Pero con el tiempo todos
Se le atreven por barata.
Doña Alcachofa, compuesta
A imitacion de las flacas,
Basquiñas y mas basquiñas,
Carne poca, y muchas faldas.
Don Melon, que es el retrato
De todos los que se casan:
Dios te la depare buena,
Que la vista al gusto engaña.
La Berengena, mostrando
Su calavera morada,
Porque no llegó en el tiempo
Del socorro de las calvas;
Don Cohombro, desvaído,
Largo de verde esperanza,
Muy puesto en ser gentil hombre,
Siendo cargado de espaldas;
Don Pepino, muy picado
De amor de Doña Ensalada,
Gran compadre de doctores,
Pensando en unas tercianas;
Don Durazno, á lo envidioso,
Mostrando agradable cara,
Descubriendo con el trato
Malas y duras entrañas.
Persona de muy buen gusto,
Don Limon, de quien espanta
Lo sazonado y panzudo;
Que no hay discreto con panza.
De blanco, morado y verde,
Corta crin y cola larga,
Don Rábano, pareciendo
Moro de juego de cañas.
Todo fanfarrones brios,
Todo picantes bravatas,
Llegó el señor Don Pimiento,
Vestidito de botarga.
Don Nabo, que viento en popa
Navega con tal bonanza,
Que viene á mandar el mundo
De gorrón de Salamanca.
Mas baste, por si el lector
Objeciones desenvaina;
Que no hay bodas sin malicias,
Ni desposados sin tachas.

(QUEVEDO, Obras. — It. Primavera y flor de los mejores romances.)

1650.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Riéndose está el raton
En el umbral de su cueva,
Del caracol ganapan
Que va con su casa á cuevas;
Y viendo cómo, arrastrando,
Por su corcova la lleva,
Muy camello de poquito,
Le dijo de esta manera:
Dime, cornudo, vecino
De un cuerno, en que te hospedas,
¡Qué callo de pié trazó
Una alcoba tan estrecha?

Tú vives emparedado
Sin castigo ó penitencia,
Y hecho chirrion de tu casa,
La mudas y la trasiegas.
Vestirse de un edificio,
Invencion de sastrer es nueva:
Tú, albañil enjerto en sastrer,
Te vistes y te aposentas.
El vivir un lobanillo
Es de podre y de materia,
Y nunca salir de casa,
De persona muy enferma.
Verruga andante pareces
Que ha producido la tierra,
Muy preciado de que solo
Tú todo un palacio llevas.
Si te viniese algun huésped,
¡Qué aposento le aparejas,
Tú, que en la mano de un gato,
Por no admitirle, te encierras?
Yo te llevaré á la corte,
En donde no te defienda
De tercera parte ó huésped,
Tu casilla tan estrecha.
¡No te fuera mas descanso
Andarte por estas selvas,
Y en estos agujerillos
Tener tu cama y tu mesa?
Riéndose están de tí
Los lagartos en las peñas,
Los pájaros en los nidos,
Las ranas en las acequias.
Si esa casa es tu mortaja,
De buena cosa te precias,
Pues vives en ataúd
Donde es forzoso que mueras!
De una fábrica presumes
Que Vitruvio no la entienda,
Y si vale un caracol¹
En dos, ninguno la precia;
Y citar puedo á Vitruvio,
Porque soy raton de letras,
Que en casa de un arquitecto
Comí á Vignola una nesga.
Sacar los cuernos al sol
Ningun marido lo aprueba,
Aunque de ellos coma, y tú
Muy en ayunas los muestras.
Dirás que me caza el gato
Con todas estas arengas;
¡V á tí no te echan la uña
Los viernes y las cuaresmas?
¡No te guisan y te comen
Entre abadejo y lentejas?
¡Y hay, después de estar guisado,
Alfiler que no te prenda²?
Pero de matraca baste,
Que yo espero gran respuesta;
Y aunque soy mas cortesano,
Me he de correr mas apriesa.

(QUEVEDO, Obras, etc.)

¹ Para obtener que la corte se fijase en Madrid, los propietarios de casas se obligaron á dar aposento gratuito á ciertos y determinados empleados de palacio y del gobierno. Así se verificó; mas luego, en vez del aposento, se pagó una contribucion que hoy día se redime como un censo cualquiera.

² Para ponderar el poco y despreciable valor de una cosa, se hizo el refrán que dice: *No vale un caracol.*

³ Guisados y aliñados los caracoles por las jitanas y los bodegoneros, suelen ser una de las golosinas que se venden para los muchachos y los pobres; que para comerlos y sacarlos de sus conchas, los atraviesan con un alfiler.

1651.

(De Don Francisco de Quevedo.)

¡Qué preciosos son los dientes
Y qué cuitadas las muelas,

Que nunca en ellas gastaron
Los amantes una perla!
No empobrecieran mas presto,
Si labraran los poetas
De algun nácar las narices,
De algun marfil las orejas.
¡En qué pecaron los codos,
Que ninguno los requiebra?
De sienes y de quijadas
Nadie que escribe, se acuerda.
Las lágrimas son aljófar,
Aunque una roma las vierta;
Y no hay un culo que saque
De gargajos á las flemas.
Para las lagañas solo
Hay en las coplas pobreza,
Pues siempre se son lagañas,
Aunque Lucinda las tenga.
Todo cabello es de oro,
En apodos, y no en tiendas,
Y en descuidándose Júdas,
Se entran al sol las bermejas.
Eran las mujeres ántes
De carne y de huesos hechas;
Ya son de rosas y flores,
Jardines y primaveras.
Hortelanos de facciones,
¡Qué sabor quereis que tenga
Una mujer ensalada
Toda de plantas y yerbas?
¡Cuánto mejor te sabrá
Sin corales una geta,
Que con claveles dos labios,
Mientras no fueres abeja!
¡Oh cultos de Satanás,
Que á las facciones blasfemas
Con que piden, con que toman,
Andais vistiendo de estrellas!
Un muslo que nunca araña,
Unas calladas caderas,
Que ni atisban aguinaldos
Ni saben qué cosa es feria:
Esto si se ha de cantar
Por los prados y las selvas
En sonetos y canciones,
En romances y en endechas.
Y floren de aquí adelante,
Si es que tuvieron vergüenza,
Todo rubi que demanda,
Todo marfil que desuella.
Las bocas descomulgadas,
Pues tanto dinero cuestan,
Sean ya bocas de costal,
Porque las aten por ellas.
De cáncer se ha de llamar
Todo diente que merienda;
Soles con uñas, los ojos
Que se van tras la moneda.
Aunque el cabello sea tinta,
Es oro si te le cuesta;
Y de vellon el dorado,
Si con cuartos se contenta.
Quien boca y dientes cantare,
A malos bocados muera:
Las malas gordas le ahiten;
Las malas flacas le hieran.

(QUEVEDO, Obras, etc.)

1652.

(De Don Francisco de Quevedo.)

¡Lindo gusto tiene el tiempo,
Notable humorazo gasta!
El es socarron muchacho,
El es figuron de chapa:
Parece que no se mueve,
Y ni un momento se para;
Su oficio es maese-Corral

Y juego de pasapasa.
 ¡ Quién le ve, calla callando,
 Andarse tras las quijadas,
 Sacando muelas y dientes
 Con tardes y con mañanas,
 Y sin decir, allá voy,
 Saltando de barba en barba,
 Enharinando bigotes
 Y ventiscando de canas!
 ¡ Pues á quién no hará reir
 Verle mondar una calva,
 Para que puedan las moscas
 Con mas descanso picarla,
 Y muy falsito ponerse
 Como que juega á las damas,
 Unas sopla y otras come,
 Negras unas, otras blancas?
 A los mas hermosos ojos
 Se las pega de lagañas:
 La boca masculla que antes
 De perlas mordió con sartas.
 ¡ Qué es el mirar escondida
 Entre la nariz y barba
 La que fué del alba risa,
 Y está cocando de marta?
 Pues ¡ qué es verte fabricar
 Del cuerpo de una muchacha,
 Hija de padres honrados,
 Una dueña? ¡ Arriedro vaya!
 Descalzándose de risa,
 Tras los espejos se planta,
 Viendo cómo el soliman
 Muy de pinta-monas campa.
 Con los picos de narices
 Es con quien usa mas chanzas,
 Pues unos llueven moquitas
 Cuando otros se empapagayan.
 Engúllese potentados
 Como si engullera pasas;
 Y como si fueran nabos,
 Planta en la tierra monarcas.
 Cansóse de ver en Roma
 Su grandeza y su arrogancia,
 Y cuantas provincias tuvo
 Tantas le rapó á navaja.
 El metió en España moros,
 ¡ Mirad si tiene buen alma!
 Y luego, por no estar quedo,
 También los sacó de España.
 De pastillas le sirvieron
 Ardiendo, Troya y Numancia:
 Sepan si es caro el perfume
 Que con sus narices gasta.
 No deja cosa con cosa,
 Ni deja casa con casa,
 Y como juega á los cientos,
 Idas y venidas gana;
 Hoy y mañana y ayer
 Son las redes con que caza,
 Devanaderas de vivos,
 De los difuntos tarascas;
 Y tiene por pasatiempo,
 Al maspreciado de gambas
 Calzarle sobre juanetas
 La lapidosa podagra.
 Va prestando navidades
 Como quien no dice nada;
 Y porque nunca se olviden,
 Con las arrugas las tarja.
 Quien ayer fué Fulanillo,
 Hoy el Don Fulano arrastra,
 Y quien era Don Fulano
 A las voacés se arremanga.
 Antes contaba sus penas
 El que nació entre las malvas,
 Y ya apénas tiene manos
 Para contar lo que guarda.
 A mí, porque no le entienda,
 Me intenta mil garambainas:

Si digo que le he perdido,
 Me responde que él me gana.
 ¡ Miren cuál me tiene el rostro
 Con brújulas de fantasma,
 La una pata ya en la huesa,
 Y la huesa en la otra pata!
 Porque se está yendo siempre,
 No le digo que se vaya,
 Y aunque tramposo de vidas,
 Nunca vuelve las que engaita.
 El hace burla de todo,
 Vive de tracamundanas,
 Dando que hacer á relojes
 Y á las fechas de las cartas.
 Las galas de los antiguos
 Ha convertido en botargas,
 Y las marimantas viejas
 Las ha introducido en galas.
 Las fiestas y los saraos
 Nos los trueca á mojangas,
 Y lo que entónces fué culpa
 Hoy nos la vende por gracia.
 Los maestros de danzar,
 Con sus calzas atacadas,
 Yacen por esos rincones
 Dirigiendo telarañas.
 Floretas y cabriolas
 Bellacamente lo pasan,
 Despues que las castañetas
 Les armaron zangamangas.
 Con un rabel un barbado
 Como una dueña danzaba,
 Y acoceando el canario,
 Hacia hablar una sala.
 Mesuradas las doncellas,
 Danzaron con una arpa,
 Que una cama de cordeles
 Mucho ménos embaraza.
 Usábanse reverencias
 Con una flema muy rancia,
 Y de *gementes et flentes*
 Las veras de la pavana.
 Salia el pié de Gibao
 Tras mucha carantamaula,
 Con mas cuenta y mas razon
 Que tratante de la plaza;
 Luego la danza del peso,
 Una alta y otra baja,
 Y con resabios de entierro
 La que dicen de la hacha.
 El conde Claros, que fué
 Titulo de las guitarras,
 Se quedó en las barberías
 Con chaconas del agalla.
 El tiempocillo, que vió
 En gran crédito las danzas,
 Viene pues, toma, ¡ y qué hace?
 Para darles una carda
 Suéltale las seguidillas,
 Y á ejecutor de la vara,
 Y á la capona que en llaves
 Hecha castradores anda.
 De la trena á Escarraman
 Soltó, sin llegar la pascua;
 Y al Rastro, donde la carne
 Se hace bailando rajás.
 Vanse pues tras los meneos
 Los dos ojos de las caras,
 Los dineros de las bolsas,
 De las vajillas la plata.
 Despues, la reminiscencia
 Son las pulgas de la cama,
 Visajes y jerigonzas,
 Azogue para las mantas;
 Para la cordura, mosca,
 Para la conciencia, escarba,
 Para el caduco, incentivo,
 Para el avariento, rabia.
 Anéganse en perenales:

Los corrales y las plazas,
 Y el tiempocito, de verlo,
 Se hunde á carcajadas.
 Nadie pues firme le crea
 Sino es en tener mudanzas:
 Tome pulsos y ande en mula,
 Pues vive de lo que mata.

(QUEVEDO, *Obras*, etc.)

1653.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Una incrédula de años,
 De las que niegan el fué,
 Y al limbo dan tragantonas
 Callando el Matusalen;
 De las que detras del moño
 Han procurado esconder,
 Si no el agua del bautismo,
 Las edades de su fe,
 Buscaba en los muladares
 Los abuelos del papel:
 No quise decir andrajos,
 Porque no se afrente el leer.
 Fué pues muy contemplativa
 La vejezuela esta vez,
 Y quedóse así elevada
 En un trapajo de bien.
 Tarazon de cuello era,
 De aquellos que solian ser
 Mas azules que los cielos,
 Mas entonados que juez;
 Y bamboleando un diente,
 Volatin de la vejez,
 Dijo con la voz sin huesos
 Y remedando el sorber:
 —Lo que ayer era estropajo
 Que desechó la sarten,
 Hoy pliego manda dos mundos
 Y está amenazando tres.
 Está, vestida de tinta,
 Muy prepotente una ley,
 Quitando haciendas y vidas,
 Y arremetiéndose á rey;
 Con pujamiento de barbas
 Está brotando poder
 Desde una planta biznieta
 De un cadáver de arambel.
 Buen andrajo, cuando seas,
 Pues que todo puede ser,
 O provision ó decreto,
 O letra de ginoves,
 Acuérdate que en tu busca
 Con este palo soez
 Te saqué de la basura
 Para tornarte al nacer.—
 En esto, haciendo cosquillas
 Al muladar con el pié,
 Llamada de la vislumbre
 Y asustando el interes,
 Si es diamante, no es diamante
 Sacó envuelto en un cordel
 Un casquillo de un espejo,
 Perdido por hacer bien.
 Miróse la viejecilla
 Prendiéndose un alfiler,
 Y vió un orejon con tocas
 Donde buscó un Aranjuez.
 Dos cabos de ojos gastados,
 Espirando por niñez.
 Y á boca de noche un diente
 Cerca ya de oscurecer;
 Mas que cabellos, arrugas
 En su cáscara de nuez;
 Pinzas por nariz y barba,
 Con que el hablar es morder,
 Y arrojándole en el suelo,
 Dijo con rostro cruel:

T. XVI.

—Bien supo lo que se hizo
 Quien te echó donde te ves.—
 Señoras, si aquesto propio
 Os llegare á suceder,
 Arrojar la cara importa;
 Que el espejo no hay por qué.
 El pagó solo la pena
 De las culpas de su piel,
 Cuando el muladar de años
 Como se vino se fué.

(QUEVEDO, *Obras*, etc.)

1654.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Ya que á las cristianas nuevas
 Expeien sus Majestades,
 A la expulsion de las viejas
 Todo el cristiano se halle.
 Fantasmas acecinadas,
 Siglos que andais por las calles,
 Muchachas de los finados
 Y calaveras fiambres:
 Doñas siglos de los siglos,
 Doñas vidas perdurables;
 Viejas, el diablo sea sordo,
 Salud y gracia: sepades
 Que la Muerte mi señora
 Hoy envía á disculparse
 Con los que se quejan d'ella,
 Porque no os lleva la landre.
 Dicen, y tienen razon
 De gruñir y de quejarse,
 Que vivis adredemente
 Engullendo navidades;
 Que chupais sangre de niños
 Como brujas infernales;
 Que ha venido sobre España
 Plaga de abuelas y madres.
 Dicen, que habiendo de ser
 Los que os rondan sacristanes,
 La capacha y la doctrina
 Andais sonsacando amantes.
 Diz que sois como pasteles,
 Sucio suelo, hueca hojaldre,
 Y aunque pasteles hechizos,
 Teneis mas hueso que carne;
 Que servis de enseñar solo,
 A las pollitas que nacen,
 Enredos y pediduras,
 Habas, puchero y refranes;
 Y porque no enficioneis
 A las chícotas que salen,
 Que sois neguñon de niñas
 Que obligais á que las saquen.
 Y atento á que se han quejado
 Una resma de galanes,
 Que pedis, y no la uncion,
 Y no hay bolsa que os aguarde,
 Ha mandado á los serenos
 Que os han de dar estas tardes
 Al afeite y al carton
 Que os enfermen y que os maten.
 Y si, lo que Dios no quiera,
 Estas cosas no bastaren,
 Que con desengaños vivos
 Los espejos os acaben.
 Y porque dicen que hay
 Vieja frisona y gigante,
 Que ella y la Puerta de Moros
 Nacleron en una tarde,
 Declara que aquesta vieja
 Murió en las comunidades,
 Y que un diablo en su pellejo
 Anda hoy haciendo viajes.
 Vieja barbuda y de ojerás
 Manda que niños espante,
 Y que al alma condenada

34

En todo lugar retrate.
 Toda vieja que se enrubla,
 Pasa de lejía se llame;
 Y toda vieja opilada
 En la cuaresma se gaste.
 Vieja de boca de concha
 Con arrugas y canales,
 Pase por mono profeso,
 Y coque, pero no hable.
 Vieja de diente ermitaño,
 Que la triste vida hace
 En el desierto de muelas,
 Tenga su risa por cárcel.
 Vieja visperas solemnes
 Con perfumes y estoraques,
 Si huele cuando se acuesta,
 Hieda cuando se levante.
 Vieja amolada y buida,
 Cecina con aladares,
 Pellejo que anda en chapines,
 Por carne momia se pague.
 Vieja pildora con oro
 Y cargada de diamantes,
 Quien la tratara la robe,
 Quien la heredare la mate.
 Vieja blanca, á puros moros
 Solimanes y albayaldes
 Vestida, sea el zancarron
 Y el puro Mahoma, en carnes.
 Los cementerios pretenden
 Un juez que almas despache,
 Que os castigue por huidas
 De los responsos y el *Parce*.
 Por esto la dicha muerte
 Que en las universidades
 De médicos se está armando
 Que le sirvan de montantes,
 Esto me ha mandado. ¡ohi viejas!
 Que en su nombre y de su parte
 Os notifique: atención,
 Y ninguna se me tape.
 Dentro de cuarenta dias
 Manda que á todas os gasten
 En hacer tabas y chitas
 Y otros dijés semejantes.
 Y como á franjas traídas
 Ha ordenado que os abrasen,
 Para sacaros el oro
 Que no hay demonio que os saque;
 Que ella se tendrá cuidado
 Desde hoy en adelante,
 En llegando á los cincuenta,
 De enviar quien os despache.
 Yo, que lo pregono, soy
 Un Lázaro miserable,
 Que del sepulcro de viejas
 Quiso Dios resucitarme.

(QUEVEDO, Obras, etc. — It. Romances varios de diversos autores.)

1655.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Diéronme ayer la minuta,
 Señora Doña Teresa,
 De las cosas que me manda
 Traer para cuando venga.
 ¡No está mala la memoria!
 Y así yo la deje buena
 Cuando d'esta vida vaya,
 Que no la be de tener d'ella.
 Si su voluntad á todos
 Esta memoria les cuesta,
 Es falta de entendimiento
 En no tenerla por fea.
 Son sus ternezas con uñas,
 Como el sol de aquesta tierra,
 Pues se me muestra amorosa

Con fondos de pedigüeña.
 ¡Yo tengo muy buen año!
 ¡Mi suerte ha sido muy buena,
 Pues vengo á topár demandas
 Donde buscaba respuestas!
 Y son tantas las partidas
 Qu'en su billete se encierran,
 Que teniendo siete el mundo,
 Tiene su papel setenta.
 Pídemme unas zapatillas,
 Y en esto anduvo muy cuerda;
 Que por ser hombre que esgrimo,
 Las tengo de espadas negras;
 Mas la cantidad de paño
 Que para arroparse espera,
 Podréla dar de mi cara,
 Mas no de Segovia ó Cuenca:
 No hay tela para enviarla,
 No hay sino vestirse apriesa
 De la que mantiene á todos,
 Pues tambien se llama tela.
 Fué yerro pedirme raso
 En Valladolid la bella,
 Donde aun el cielo no alcanza
 Un vestido d'esa seda.
 Traeré sin duda ninguna
 Las sayas de primavera
 Cortadas del mes de abril,
 De las faldas de esta sierra.
 Pediré, para enviarla
 Las tres vueltas de cadena,
 Los eslabones á un preso,
 Y á algun gitano las vueltas.
 En lo que toca á los brincos,
 No serán de plata ó perlas;
 Mas procuraré enviarlos,
 Aunque de una danza sean.
 El regalillo de Martas,
 Que pide con tantas véras,
 Como Lázaro su hermano,
 Le enviaré de Madalenas.
 La partida de damascos
 Será una cosa muy cierta,
 Si hubiere algun portador
 Que los traiga de Escalera.
 En cuanto á lo de los barros,
 No sé de cuáles le ofrezca,
 Si los que tengo en la cara,
 Ó los que hará cuando llueva.
 La cantidad de bocados
 No sé quien llevarlos pueda,
 Si no es enviando un alano
 Que se los saque por fuerza.
 No pongo, por no cansarme,
 Las arracadas y medias,
 Los tocados y los dijés
 Que pide con desvergüenza;
 Y dejo que para gastos
 De tan endiablada cuenta
 Recibi dos miraduras
 Dos noches por una reja;
 Dos sortijas qu'en la mano
 Me mostró yéndose fuera,
 Y un guante que perdió adred.
 De puro viejo, en la iglesia;
 Siete dientes, que me quiso
 Hacer creer qu'eran perlas,
 Y unos cabellos de oro,
 Por la gracia de un poeta.
 Tengo gastado hasta ahora,
 En descuento d'esta cuenta,
 El sufrimiento en desdenes,
 Y en agravios la paciencia;
 Alguna noche en candil
 Y mas de catorce en vela,
 Todo mi juicio en concetos,
 En coplas toda mi vena.
 Si con aqueste descargo
 Debieré yo alguna resta,

1656.

(De Don Francisco de Quevedo.)

El que quisiere saber
 De algunos amigos muertos,
 Yo daré razon de algunos,
 Porque vengo del infierno.
 Allí queda barajando
 El que supo allá mas cierto
 A cuántos venia su carta,
 Como si fuera correo.
 Al bajar un par de lindos,
 Quedaron los diablos ciegos;
 Porque los lindos son tales,
 Que el diablo no puede vellos.
 Por sacar á su mujer
 Dicen que lloraba Orfeo;
 Y él me dijo, como amigo,
 Que entró por verla allá dentro.
 Un mal casado pedía
 Que su mujer fuese al cielo,
 Por estar allá seguro
 De que no le pidá celos.
 Un letrado y su mujer
 Penan contrarios efectos,
 El por su mal parecer,
 Y ella por tenerle bueno.
 Por engaños en los dotes
 Penan allá muchos snegnos,
 Porque al casar de las hijas
 Daban forzados los nietos.
 Casadas hay porque dejan
 Los hijos por herederos
 De la hacienda del marido,
 Que no es padre, sino deudo.
 No solo los corcovados
 Sirven de soplar el fuego,
 Sino sus padres tambien,
 Por lo que hicieron mal hecho.
 Los trajes que acá se quitan
 Sirven allá de usos nuevos;
 Y así traen todos los diablos
 Azul, gueudejas y petos.
 Hay doncellas camarines
 Por el barro que comieron,
 Que, como otras por obras,
 Se condenan por deseos.
 De solo los escribanos
 No traigo conocimiento,
 Porque cuando van de acá
 Bajan demonios profesos.
 Los médicos pasocortos
 Bajan allá tan corriendo,
 Que parece que postean
 La vida de sus enfermos.
 Quien tuviere conocidos,
 Escribirles puede luego;
 Que un sastre que está espirando
 Será mensajero cierto.

(Códice del siglo XVII.)

1657.

CONFESION DE LOS MANTOS¹.(De Don Francisco de Quevedo².)

Allá van nuestros delitos,
 Le dijeron al *destapo*
 De la premática nueva,
 Unos pecadores mantos.
 A la muerte estamos todos,
 Muy cerca de condenarnos,
 Porque ya el mundo y la carne
 Nos deja en poder del diablo.
 Quiebre al mismo los dos ojos
 Que el medio ojo ha quitado
 En el *quitolite* caras
 De sus infernales trastos.
 Desenváinanse las viejas

De lo que fuere, prometo
 Que compraré aquestas prendas;
 Pero si saliere en paz,
 Déjese de impertinencias,
 Y no pida que la traiga
 Al que quisiere que vuelva.
 Bien sé que es alta señora
 Si se sube en una cuesta,
 Y tan grave como todas,
 Cargada de plomo y piedras;
 Que tiene buen parecer
 Por lo letrada y lo vieja,
 Y qu'es tan clara mujer,
 Que jamas ha sido yema;
 Y aun, á pesar de bellacos,
 Confesaré qu'es tan cuerda,
 Que á cualquier buen instrumento
 Puede servir de tercera.
 Tambien conozco que soy
 Indigno de tal alteza,
 Y un hombre hecho de tal pasta,
 Que se ha de volver en tierra:
 Aunque si acaso es amiga
 De titulos, por grandeza,
 Los de grados y corona
 Tengo sellados con cera,
 Pues para ser señora
 No me falta sino renta,
 Por tener dos en un mapa,
 Que son Génova y Venecia.
 Si el ser señor de lugares
 Es cosa que la granjea,
 Mi estado es pueblos en Francia,
 Que rinde grande moneda.
 Si grandeza es no pagar,
 Ya son tan grandes mis deudas,
 Que delante el Rey sin duda
 Cubrirse muy bien pudieran.
 Mas si es lisiada por cruces,
 Para tenerla mas cierta
 Me meteré á cimiterio
 Por andar cargado d'ellas.
 Hábito tuvo mi padre,
 Y con él murió mi abuela,
 Y hábito tengo yo hecho
 A no decir cosa buena.
 No soy Encomendador;
 Pero si habkamos de véras,
 Mas tengo, en sola su carta,
 De dezinieve encomiendas.
 Pues lo de ser caballero
 No sé cómo me lo niega,
 Viendo que hablo despacio
 Y que hago mala letra;
 Y aunque la parezco pobre,
 Tengo razonable hacienda:
 Un castillo en un ochavo
 Y una fuente en una pierna;
 Tengo un monte en un calvario
 Y en una estampa una sierra,
 Y de mil torres de viento
 Es señora mi cabeza;
 Y ademas de aquesto gozo
 Un campo y una ribera
 En el romance que dice:
 «Ribera agostada y seca.»
 Soy señor de mucha caza,
 En el jubon y las medias,
 Y en ser dueño de mí mismo,
 Lo soy de muy buena pesca;
 Y tras todo aquesto tengo
 Voluntad tan avarienta
 Que solo la daré al diablo
 Y harto será que la quiera.

(QUEVEDO, Obras. — It. MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general, etc.)

Y desnúdase lo rancio;
Las narices con juanetes,
Las barbillas con zancajos;
La frente, planta de pié;
Lo carroño, confitado,
Las bocas de oreja á oreja,
Y vueltos chirlos los labios.
Empezó un manto de gloria,
Vidriera de tasajos,
Que afeitados con el lustre
Disimulaba lo magro:
—Soy pecador trasparente,
Dijo, que truje arrastrando
Un año tras una tuerta,
A un caballero Don Pablos.
Discreteando á lo feo
Y desnudando á la Caco,
Un tirador de ballesta
Descubrí brujuleando,
Carátula de una vizca,
Desmentidos ojos zambos,
Y en sus niñas vizcainas
El vascuence da sus rayos.
Adargué cara frisona,
Con una nariz de ganchos
Que á todas las doce tribus
Los dejó romos y bracos,
A cuyas ventanas siempre
Hace terrero el catarro;
Nariz que con un martillo
Puede amenazar un paso.
Tras esta alquitara rubia
Truje a Don Cosme penando,
Y hallóse con un sayon,
Para premio de sus gastos.—
El que segundo llegó,
Un manto fué de burato,
Malhechor de madrugones,
Y antipara de pecados.
—Un siglo ha bien hecho, dijo,
Que á los maridillos blandos,
Que llaman de buena masa,
Sus mujeres les hojaldro.
Por mí, topando un celoso
Su mujer en otro barrio,
Quiso acompañarla en casa
Del propio que iba buscando.
A maridos estantiguos
He dado mujeres trasgos;
Soy trasponedor de cuerpos,
Soy tragantona de hourados,
He sido trampa de vistas
Y cataratas de Argos,
Rebozo de travesuras
Y masicoral de agravios.
—Tambien yo digo mi culpa,
Dijo un mantillo mulato
De humo, pues soy infierno,
Y encubro llamas y diablos;
Fullerito de facciones,
Que las retiro y las saco,
Y muestro como unos oros
A quien es como unos bastos.
A quien amago con sota³,
Doy coces con un caballo;
Copas doy á los valientes,
Y espadas á los borrachos.
Una cara virolenta,
Hecha con saca-bocados;
Un rostro de salvadera,
Un testuz desempedrado
Hice tragar á un Don Lucas,
Por de hermosura milagro,
Hasta que por un descuido
Vió con guedejas un rallo.
Daba tarazon con ojo;
Miraba de guardamano,
Mostraba con soportal
La niña guerra á lo zaino.

—Inormes son mis ofensas,
Y los delitos que traigo,
Dijo un manto de Sevilla,
Ceceoso y arriscado:
He rebujado una vieja,
Sin principio ni sin cabo,
Eternamente cecina,
Y momia siendo pescado.
Entre dos yemas de dedos⁴
Con que la tapaba á ratos,
Escondí, sin que la vieses,
Mucha caterva de antaños,
De condenadas gran turba,
Si fuera la edad pecado,
Porque no la confesaran,
Muriéndose, al Padre Santo.—
Un manto de lana y seda,
Lleno de manchas y rasgos,
Contrito y arrepentido,
Dijo delitos extraños.
—Tapé á una mujer gran tiempo,
En su rostro boticario,
Por mejillas y por frente
Polvos, cerillas y emplastos.
Con poco temor de Dios
Pecaba en pastel de á cuatro,
Pues vendí en traje de carne
Huesos, moscas, vaca y caldo.
A otras negras, mas que entierro,
Embelecaba de blanco,
Siendo, cuando descubiertas,
Requesones fondo en grajo;
He sido alcahuete infiel,
Pues he traído nefando
Tras Soliman, siendo moro,
Gran número de cristianos.—
El que destapó los ojos
En tan sacrilegos casos,
Les condenó á la vergüenza
De apodos y de silbatos,
Y á que de par en par vivan;
Que sirvan de claro en claro,
Y que los rostros en cueros
Parezcan á ser juzgados.
Nadie se tape, busconas,
Que habrá para remediarlo,
Al primer tapon zurrapas
De alguaciles y escribanos.

(QUEVEDO, Obras de.—It. Romances varios de diversos autores.)

¹ Eran los mantos una especie de capa que cubría á las mujeres desde la cabeza á los piés, plegado de modo sobre aquella, que solo dejaba ante la cara un pequeño resquicio en forma de cañuto, para poder ver sin ser vistas. Heredado por los españoles de los árabes, juntamente con su carácter celoso, jamas salía á la calle una mujer sin manto, evitando así el ser vistas. ¡Vanas precauciones! Llegó un tiempo en que fué preciso que el gobierno mismo prohibiese este traje, por los excesos á que daba lugar, y porque las mujeres, así desconocidas de sus maridos y guardadores, los hacían incautos instrumentos de sus lascivas astucias. Publicóse en tiempo de Quevedo uno de los bandos ó pragmáticas prohibiendo este traje, y tal suceso dió márgen á la presente sátira, en la cual se describe parte de los inconvenientes que originaba.

² Es, con variantes numerosas, el mismo del libro *Romances varios* etc., que dice: *Oiganos en confesion*.

³ Sota era el nombre vulgar, alegórico y picaresco con que se designaban las mujeres de mala vida: el caballo alude aquí al nombre que se dió á una de las enfermedades que el trato con ellas producía.

⁴ El pliegue por donde podían ver, las que llevaban manto, se sostenía con dos dedos de la mano.

1658.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Dos dedos estoy de darte,
Aguedilla, el rico terno;
Mas no le quieren soltar
Aquellos mismos dos dedos.

Siempre los tres de los cinco,
A dar se reducen presto:
En los dos está el busillis,
Engarrafados y tercios.
Dirán que es mano de Júdas
Iscariote la que tengo:
Yo solo niego los cuartos,
Que el apodo no le niego.
En un *trís* estoy mil veces
De cumplir lo que prometo,
Y nunca para enviarlo,
A los dos *trises* me llevo.
Yo quiero darte en el chiste,
Mas en las tiendas no quiero;
Que en el dar padezco mucho,
Y en el tener me entretengo.
A las hermosas las daban
Una higa mis abuelos:
Si yo te doy veinticuatro
No me negarán por nieto.
Yo no guardo los enojos,
Pero guardo los dineros:
Virtud es que se reparte
En el alma y en el cuerpo.
Dádivas quebrantan peñas;
Mas como yo no pretendo
Quebrantarte, las excuso
De lástima de tus huesos.
Holgaréme que te dén
Joyas y juros y censos;
Y de que te dén, sin darte,
Tendré yo mi par de huelgos:
Primero del prometer,
Que del pecar, me arrepiento;
Cada loco con su tema:
Tú, *dacas*: y yo, *no tengo*

(QUEVEDO, Obras de.)

1659.

(De Don Francisco de Quevedo.)

¡A los moros por dinero,
Y á los cristianos de balde!
¿Dónde vive esa mujer?
Dígamelo tú, el romance,
Pues con mí fe de bautismo
Ando bebiendo los aires,
Y á todas se las antoja
Que es mi sombrero turbante

(QUEVEDO, Obras de.)

1660.

(De Don Francisco de Quevedo.)

A buen puerto habeis llegado,
Vendeja de daca y toma;
Satanas os dió el consejo:
No pudo ser otra cosa.
Por dineros me enviáis,
Como si yo fuera flota,
O banco, teniendo solo
Piés de banco mi persona.
Mas cuartos tiene que yo,
Aunque tiene menos borra
Que mi lengua y que mi barba,
La mas cuitada pelota.
La falta de los caballos
Quisiera tener agora,
Pues si me salieran cuartos,
Se mejorara mi bolsa.
Veis que traigo yo mis carnes
Asomadas á mi ropa,
Mas delicado de capa
Que de estómago una monja;
Que los dedos de mis piés
Por los zapatos me asoman,
Como tortuga que saca

La cabeza de su concha;
Que como de rebatiña,
Que soy gavilan de ollas,
Y que sola mi conciencia
Es la que come á mi costa;
Que es mi casa solariega
Diez puntos mas que las otras,
Pues que por falta de techo
Le da el sol á todas horas;
Sabeis que esta villa es mia
Por la doble ejecutoria
Que al desvergonzado hace
Señor de la villa toda;
Sabeis que de mi posada
En sacando yo la sombra,
Se muda toda mi hacienda,
Vestidos, galas y ropa:
¡Pues, cómo, si lo sabeis,
Me pedis con larga prosa
Dineros y una merienda,
Tan sin gracias y tan romas?
Si pidiéades narices,
Aun fuera cosa mas propia,
Porque pidiera á un vecino
Un pedazo que le sobra.
¡A mi moneda de rey,
Que no la alcanzo á una sota!
A mi plata, que por verla
Las pildoras se me antojan!
Santiguense, hermanas mias,
Y echen por allá, señoras,
Otra red que saque más:
Que aquí ni aun agua hay agora.

(QUEVEDO, Obras.—It. Maravillas del Parnaso.)

1661.—1662.

(De Salvador Jacinto Polo.)

Con suspiros de cristal
Y de plata mil sollozos,
De poetas desalmados
Se está quejando un arroyo.
—Uno me llama serpiente,
Con cuyo título asombro;
Que hay hombre que me ha temido
Viéndome en el campo solo;
Otro por peñas y riscos
Me va despeñando, y otro
Me sacude las espaldas
Con las ramas de los olmos.
¿Qué delito he cometido,
Decid, versistas demonios,
Que me dáis á cada paso
Castigos tan afrentosos,
Siendo el mayor entregarme
A cuatro músicos locos,
Pregoneros que me infaman
Con mil falsos testimonios?
Otro por hacerme humilde
Dice soberbio en mi oprobio,
Que con labios de cristal
Beso los piés á los chopos;
Y por esta cruz bendita
Que es un grande mentiroso,
Porque yo no tengo labios
Ni de cristal ni aun de corcho.
Otro, siendo mi caudal
No mas que guijarros toscos,
Dice que son mis arenas
No menos que granos de oro.
Otro, del escaso y turbio
Humor que sudan mis poros
Hace espejo, y al momento
Se mira Narciso el rostro:
Civil concepto caduco,
Que solo han visto mis ojos
Un ganapan puesto á bruceas,
Tentacion de San Antonio.